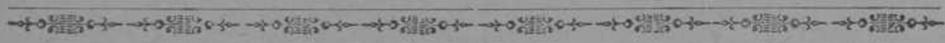




NUM. I.

15 OCTUBRE 1886.

TOMO III



LA ILUSTRACION
 DE
LOGROÑO

CIENCIAS, LETRAS, ARTES.

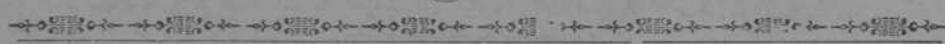
SUMARIO:

Un conuento en el siglo XI, episodio de una novela de Gustavo Freytag, traducido de la quinta edicion alemana para la REVISTA DE ASTURIAS por G. A. y U.—*El Caballero de la mesa redonda*, por CLARIN.—*Los grandes Geómetras*, por D. JUAN AGAPITO Y REVILLA.—*La estatua de Memnon*, por .—Teatro Español Antiguo, *Luis Belmonte Bermudez*, por D. FERMIN HERRAN.—*Carta á Maruja*, por D. MIGUEL M. DE LA RIVA Y QUINTAS.—*Todo cariño*, por D. ARTURO CAYUELA PELLIZARI.—*Versos de otro tiempo*, por D. J. DE LA PEÑA Y BORREGUERO.—*Ella y yo*, nocturno, por D. VICENTE ARANA.—*De mi coleccion*, por D. HERMINIO MADINAVETTIA.—Anuncios.

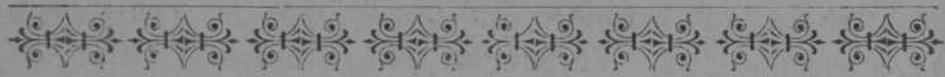
Administracion:

LIBRERIA DE D. RICARDO M. MERINO—PORTALES 90

Logroño.



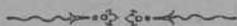
IMPRESA DE LA ILUSTRACION DE LOGROÑO



ESCRITORES

DEL

LA ILUSTRACION DE LOGROÑO



DIRECTOR

Don Ildefonso Sicilia

ESCRITORES

*D. Ildefonso Zubia.—D. Galo Gomez de Segura
D. Amós Salvador y Rodrigañez.
D. Pedro Font.*

NOTA

*La responsabilidad de los trabajos que se inserten en esta **Ilustración** corresponderá á los autores.*

DON MARCO ANTONIO DIAZ DE CERIO

DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUJIA

**Especialista en enfermedades de la
piel y sifilíticas.**

Gabinete de consulta Reyes, 8, 3.º

AUTORES Y EDITORES.

Se anuncian todas las obras que se remiten á esta redaccion y se juzgan en la *Revista Crítica*.



UN CONVENTO EN EL SIGLO XI.
EPISODIO DE UNA NOVELA
DE
Gustavo Freytag.



I.

EN EL AÑO 1003.

Donde el Geisa vierte sus aguas en el Fulda levántase entre praderas y fértiles campiñas el monasterio de Campo-Heroldo. Altos príncipes celestiales son sus patronos, pues la iglesia del cláustro encierra reliquias de dos apóstoles; pero dos compañeros del santo Bonifacio han probado el más ardiente celo por la prosperidad del convento: el arzobispo Lulio, que fué el primero que condujo los monjes al solitario campo; y el gran misionero Wigberto, cuyos restos fueron allí depositados muchos años después de su muerte, pero que desde entónces realzó con innumerables milagros la fama del santuario. Como el mayor de todos alababan las gentes, que en el país desierto hubiera surgido como por ensalmo tan poderosa obra humana, torres y altos campanarios, y en torno de estos gran número de edificios de piedra y barro, cuyos techos labrados por las tormentas brillaban con argentinos reflejos á los rayos del sol meridiano. Y en verdad lo

que se llamaba monasterio era una plaza fuerte separada de la llanura por murallas, empalizadas y fosos. Más de doscientos años habían orado allí los monjes pidiendo para los creyentes la salvación y buen recibimiento en la otra vida, con lo cual ellos mismos se habían hecho ricos en bienes terrenales recibidos de los piadosos cristianos, aquejados de amargo cuidado por su destino futuro. Los castillos, aldeas y terrenos propiedad del convento, estaban desparramados por muchos distritos, no sólo en tierra de Hesse, sino también en Sajonia y Baviera, y sobre todo en Turingia. Pertenecían ahora á la comunidad buena parte de los bienes eclesiásticos donados á San Bonifacio por los montañeses Turingios en tiempo de la conversión al cristianismo; y cuando el abad alzaba su pendon para salir á campaña sus feudatarios y vasallos formaban lucido ejército de á pié y á caballo, y el prelado entraba en el campamento del emperador sajón como un gran señor del imperio, seguido de noble comitiva. Más de doscientos años hacía también que los hermanos combatían con el hacha y el arado contra la selva brava y las yerbas nocivas, sembraban incesantemente el trigo, ingertaban árboles frutales y plantaban viñedos. Hicieron así insensiblemente grandes labradores, que poseían por millones las cabezas de ganado, las colonias y los siervos de gleba. Y ahora descansaban en la plenitud de cosas buenas formando una comunidad de ciento cincuenta hermanos; disponían de repletos trojes, detricaderos rebaños; contemplaban satisfechos la rica propiedad, y como amos previsores ordenaban el trabajo diario de numerosos servidores, cuyas habitaciones encerraba el recinto del convento ó formaban una gran aldea en la orilla opuesta del Fulda. Y no sólo como labradores alcanzaron fama y riqueza los monjes consagrados al servicio del Dios de los cristianos; llegaron á ser maestros en cuanto el arte y la habilidad manual ofrecía al tráfico humano. Junto al palacio abacial estaba la hospedería, entre establos y graneros, cerca de la cervecería y de sus anchas y abovedadas bodegas, resonaba sobre el yunque la pesada bigornia del armero, y el martillo más liviano del platero que engarzaba piedras preciosas en oro y plata, y sabía afligranar vasos sagrados, preciosas encuadernaciones; y también espléndida vagilla donde brindaban el abad y sus nobles huéspedes. Un hermano tenía las llaves de la armería donde se custodiaban yelmos, sables y escudos para un ejército; otro recibía de los curtidores las pieles que examinaba como perito, conocía las recetas de los colores y preparaba los mordientes que habían de fijar aquellos en vistosos cueros. Nunca faltaba un monje que supiera medir el terreno para nuevas construcciones, trazar los planos y enseñar á los albañiles cómo deben los materiales adaptarse á las curvas de las bóvedas unidos por cemen-

tos que las hagan perdurables. Así que de muy lejos venían las gentes no sólo para orar junto á los huesos de los santos é impetrar el favor divino por la mediación bien retribuida de los monjes; también los que buscaban sanos consejos y ventajas terrenales acudían, y no en vano: allí el comerciante encontraba mercancías que trocaba con las suyas, y el gran propietario ora marchaba con un bien entendido plano para el sólido palacio que proyectaba sobre oreado altozano, ora llevaba consigo un hermano alarife capaz de llevar al pátio de su castillo las aguas de lejana fuente ó de tender sobre el río anchuroso un puente de piedra vistoso y duradero. El que se rendía á los rigores de la enfermedad iba suplicante al médico del convento, y recibía del boticario manojos de yerbas salutíferas, unguentos fortificantes y sobre todo el celebrado licor de San Wigberto. Los necesitados y mendigos del país sabían el camino de aquella casa, de la que nunca salían sin el socorro necesario en alimentos y vestidos; porque lo que unos en las horas de remordimiento ponían á los piés del altar para ganar el cielo, servía á otros para mejorar un poco su situación terrenal. Y aquellos monjes que se habían consagrado al servicio del Señor, con votos de humildad, desprendimiento y penitencia, por la fuerza de las circunstancias habían llegado á ser altivos maestros y señores de las cosas humanas, incapaces de someterse á la estrecha regla de la comunidad.

En una calurosa siesta del estío un monge forastero estaba arrodillado en las gradas del altar sumido en silencioso rezo; el báculo y sombrero de viaje, que estaban á sus piés, denotaban que era un recién llegado; junto al resto del sóbrio equipaje arrodillábase un lego jóven, que había sido su compañero de viaje. En la sillería del coro, á la derecha del sillón abacial, estaba sentado el dean Tutilo, prior del convento, hombre alto, ancho de espaldas, de musculoso cuello y pobladas cejas, sus manos se cruzaban con descuido y miraba impaciente al forastero, cuya devoción parecía interminable. Pequeño era el número de los padres que acompañaban al prior, todos dignidades ú oficios del convento; entre ellos Herigo el despensero, sugeto risueño y favorito de la comunidad, servicial para todos y de todos servido con buena voluntad; el portero Walto, que era á la vez el síndico del convento, conocido en todo el país como hombre de buen consejo; estaban también dos viejecitos, Bertram y Simtram, sajones ambos y tan parecidos con sus cabezas redondas coronadas de escasos cabellos blancos, que se les hubiera tomado por dos gemelos; el mismo día habían entrado en el cláustro, habitaban la misma celda y trabajaban juntos en la huerta; lo que

quería uno agradaba al otro; en el paseo eran inseparables, aunque silenciosos ambos apenas cambiaban una palabra.

Cuando el monge forastero puso fin á sus oraciones y levantándose se dirigió con la cabeza inclinada hácia el dean, cogióle éste de la mano, condújole al centro del coro y presentóle el oído, en el que el otro murmuró las palabras consagradas por las que se reconocen los padres y dignatarios de la orden de San Benito. «Bendita sea tu llegada, hermano Reinardo» contestó el prior con voz ronca que resonó en la alta bóveda, besóle y tras de él lo hicieron los otros monges. «No es cargo cómodo el magisterio á que vienes llamado desde tu cátedra del Monasterio de Allaha; aquí encontrarás un rebaño harto mal domesticado; felizmente á San Wigberto no le faltan árboles de donde cortar buenas varas. Ven que te enseñe nuestra casa, y el palenque en que has de luchar contra los ignorantes.» Y esto diciendo echó á andar seguido de los otros frailes, y el último el lego que llevaba el hatillo del forastero.

Guió Tutilo á la clausura, que era como la ciudadela del monasterio, elevándose con sus dos pisos en el centro de todos los patios y edificios; allí estaban las habitaciones de los monges, y de los escolares consagrados por sus familias perpétuamente al servicio divino; formaba el edificio un rectángulo que encerraba un pátio descubierto, sin comunicacion ninguna al exterior, con entrada por la iglesia y salida fronterá á las cocinas y accesorios. Tilos corpulentos rodeaban una fuente en el centro del pátio, al que daban todas las puertas y ventanas del edificio; en la planta baja de éste reinaba una hermosa galeria de esbeltas columnas de piedra, y entre ellas cómodos bancos de madera; de modo que durante el mal tiempo pudieran los padres pasear ó descansar en las horas de recreo. La casa parecía completamente desierta y el extranjero no pudo descubrir ni una cabeza tonsurada á pesar de ser la hora que la regla asignaba á los hermanos para reponerse del trabajo y de los rezos. Tutilo observó la mirada escrutadora del monge, y señalando la vasta galeria le dijo: «Cualquier otro dia tendrías que repasar tus manos muchas veces si hubieras de contar por los dedos los monges y novicios; pero hoy todos han salido. Los últimos dias han sido bochornosos, amenaza una nube y la comunidad de San Wigberto trabaja en el heno; es costumbre antigua del convento, que procede, segun cuentan, del tiempo de los fundadores; hoy, á decir verdad, la jornada es más bien una fiesta que otra cosa; muy pronto percibirás el tumulto del regreso.»

Cuando pisaron las habitaciones interiores, el recién llegado vió en el vasto refectorio un aparador con hermosas tazas y copas, muchas de ellas de metales preciosos; y cuando recorría el

pasillo, á que se abrían las celdas, atisbó por las puertas entreabiertas magníficos sillones forrados con cojines de seda, y sobre las camas, blancas almohadas y rizosas mantas de lana de espléndidos colores y bordadas cenefas; había también enormes baules, candeleros de metal con gruesos cirios, ó grandes lámparas doradas; sobre una mesa se destacaba un tablero de ajedrez con sus figurillas esculpidas que imitaban hombrecillos y animales; así que el viajero pudo observar que los monjes con este menaje, que se habían procurado, debían vivir con toda comodidad; y si bien como fraile estaba habituado á contener su lengua, no pudo ménos de exclamar «Cómo príncipes de la tierra viven en esta casa los siervos de los santos.»

Bien advirtió Tutilo el tono de reproche, y contestó con altivez «Creo yo que nuestros hermanos pueden levantar la cabeza cuando se comparan con las gentes del mundo; sin embargo, estas pequeñas superfluidades que has visto, pertenecen sólo al decano y á los más antiguos, que son los que para ello tienen licencia.» El extranjero aprobó silenciosamente con la cabeza.

Tutilo hizo seña al lego de no pasar adelante, sacó de la faltriquera una enorme llave, y abrió en el crucero una puerta baja, que cerró en cuanto pasaron sus acompañantes. Estaban en el pátio de la abadía, entre caballerizas y almacenes, delante de un soberbio edificio de madera, al que daba ingreso un pórtico; allí también estaba todo desierto; las ventanas tenían vidrios sujetos con plomos, pero los postigos estaban cerrados y faltaban algunos cuarterones. «Bien sabes» dijo Tutilo con adusto ceño «que nuestro señor abad Bernheri se avergüenza de habitar entre sus hermanos; allá arriba en la colina de San Pedro ha levantado á todo coste una celda, en ella vive con sus favoritos, y rara vez pone los piés en la casa abacial; en lo alto se oye mejor el canto del faisán y el paso del corzo; nosotros aquí abajo aguardamos las órdenes que nos envía desde su altura. Aquí comienzan tus estados» prosigió el prior penetrando en otro pátio cercado «Esta es la escuela de externos, á la que concurren los estudiantes que hemos de educar para soberbios clérigos mundanos; treinta de ellos contaba el convento antes de la muerte de tu antecesor, hoy son ménos. En el primer banco se sientan sólo los hijos de los nobles, casi todos Turingios ó de Hesse, la mayor parte rapaces indómitos, que se avienen muy mal con nuestra disciplina.» «Y ellos también han ido hoy á recoger la yerba seca?» preguntó el forastero.

«Puedes ver uno, cuando ménos» contestó el dispensero Herigo, señalando á lo alto. En la trompa del campanario estaba sentado un adolescente contemplando absorto las montañas hácia Oriente, y sin apercibir los monges del pátio. «Es Immo el tu-

ringio; siempre está allí encaramado y siempre con la vista fija en el punto del horizonte hácia donde cae su país.»

Reinardo midió al jóven con una rápida ojeada. «Bien le reconozco sobre su aireado asiento, y más parece un guerrero que un escolar preparado á recibir el santo óleo y la estola.»

«Bravio y receloso lo encontrarás» repuso Tutilo. «Desde los primeros años lo echó á perder nuestro señor Bernheri, y ahora necesita mucho ayuno y muchas disciplinas; mejor que en su agujero debieras verle sobre la paja del calabozo si los hermanos no atendieran demasiado á los servicios de sus abuelos.»

«Porque debes saber, hermano mio» prosigió Herigo «que es descendiente de un héroe bien aventurado, que segun la tradición; fué compañero de martirio de San Bonifacio. A su abuelo dijo nuestro santo en la hora de la muerte aquellas últimas palabras, que están escritas en los libros: Arroja tu espada: Además de esto los varones de su raza han colmado siempre á nuestro convento de ricos donativos en ganados y terrenos.»

Frente á la escuela, adosada á la iglesia, estaba la biblioteca y con ella la cámara del copista, aposento desnudo y frio: las dos ventanas estaban cerradas con vidrios emplomados, pero grandes telarañas colgaban de los marcos y paredes y sólo penetraba un turbio crepúsculo, que obligaba á una lámpara siempre encendida á suministrar la mayor parte de la claridad necesaria. Delante de la lámpara un monge, que escribía, estaba sentado á un pupitre; levantóse como á disgusto cuando entraron los visitantes, y aun mientras los saludaba sus ojos, perdidos en el ancho rostro, no podían apartarse de las hojas del pergamino.

«Quiéres que tus ojos hagan penitencia, padre Gozberto?» interpeló Tutilo maravillado. «Por qué les niegas la luz del sol?»

«Debe haber grandes nieblas por ahí afuera» contestó el monge «jamás hay aquí claridad.»

«No es la niebla lo que te priva de la luz, sino la maldad de otros» gritó Tutilo abriendo la ventana.

«Mira, mira las vidrieras pintadas de oscuro por afuera: alguno te ha jugado esta mala pasada.»

«Verdaderamente afuera brilla el sol, y reconozco en las vidrieras arcilla y hollin.»

Y yo se quién te ha hecho esta picardía, él mismo ó induciendo á los pequeños» dijo Tutilo «pues Immo es el que inspira á los novatos todas estas fechorías; pero ya se vá llenando la medida» y volviéndose á Reinardo prosiguió «el padre Gozberto es un artista en la escritura, y muy pocos saben tanto como él en toda clase de letra.»

Gozberto se acercó á la estantería, abrió un códice y mostró

con satisfaccion las hojas, en que resaltaban las letras pintadas con brillantes colores.

«Pocas veces he visto un dorado tan brillante, y con tanto esmero bruñido.»

«Con piedra ágata» advirtió Gozberto y volvió hojeando hasta la portada, donde en gran tamaño se veía un emperador sobre su trono, y á su lado cuatro mujeres profundamente inclinadas, con coronas de extraña forma en sus cabezas, y sendas tejas en los brazos, y en ellas algo que no se distinguía; encima estaban los nombres de los cuatro países que formaban el imperio. «Mia ha sido la invencion de representar inclinadas estas figuras» dijo Gozberto con cierto orgullo «pues en el manuscrito antiguo, que creo muy bien que sea de tiempo de romanos, estaban erguidas.»

Nadie advierte que es el cuerpo del padre Sintram el que Gozberto ha pintado cuatro veces» dijo Herigo con maliciosa mueca «el buen viejo se ha pasado grandes ratos encorvado y con las manos apoyadas en el marco de la puerta, mientras Gozberto lo retrataba.» El artista miró de soslayo y no muy benévola-mente á su compañero, y prosiguió señalando el rostro encarnado del emperador. «El señor Otto el rojo, de feliz memoria»

«Pero hemos de alabar al padre» añadió Herigo «que difícilmente entre los vivientes se hallará copista que más haya escrito; cuarenta años hace que escribe en nuestra casa diariamente invierno y verano; cincuenta libros de su puño guarda el claustro, y otros muchos se han cambiado.»

Gozberto inclinó la cabeza modestamente mientras duró la alabanza, pero sus ojos brillaban «¡Y si no me hubiera faltado muchas veces pergamino, y otros libros que copiar!»

«Posible es que del monasterio de donde vengo, te se pueda prestar un buen libro» dijo Reinardo á guisa de consuelo.

«Sea el que quiera» repuso Gozberto regocijado «yo lo copiaré si tú ú otro sábio me dice que no hay en ello pecado. Los nombres santos los distingo con una tinta roja, y siempre que en los libros profanos encuentro una palabra, cuya malicia se me advierte, la omito en la copia; y á pesar de eso mas de una noche me ha desvelado el remordimiento, y mas de una vez he temblado al copiar, temiendo escribir algo que pudiera comprometer la salvacion de mi alma. Y últimamente se me ha advertido que evite los libros pecaminosos.»

Hizo la señal de la cruz, y volvióse con gesto misterioso á Reinardo, mientras los otros, que conocian la historia favorita del anciano, mirábase maliciosamente. «Ves aquella cuenca en que guardo mi vaso? pues antes tenía su tapadera; y un día que yo copiaba algo del pagano Ovidio, ví detrás de mí golpear en ella; volvíme con el cabello erizado; la cuenca no se movía, pero la ta-

padera se levantaba y volvía á cerrarse como empujada por una fuerza interior. Llamé en mi auxilio á mi santo patrono, y entonces asomaron dos cuernos, que desaparecieron enseguida; lleno de terror volqué la vasija, y al punto saltó de ella el espíritu maligno en forma de un animalucho cornudo, que dió una vuelta al aposento y desapareció por la rendija de la puerta, dejando esto lleno de niebla y mal olor. No he olvidado la advertencia.»

«Si no fuera por lo de la niebla» observó el risueño Herigo «cualquiera sospecharía que del cántaro habia salido un lebratillo escondido allí por el turingio Immo.»

«El diablo era» afirmó Gozberto de mal talante.» «Desde entonces solo cópio libros sagrados.»

«Y has escogido el mejor camino, Padre», dijo Reinardo despidiéndose. Todos abandonaron la cámara y el copista sentóse de nuevo ante el pupitre; arriba tejía la araña, abajo escribía el monge.

CONTINUARÁ

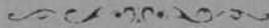
El traductor,

G. A. y U.





El Caballero de la Mesa Redonda.



I.

Ya hacía frío en Termas-altas; se echaba de ménos la ropa de invierno y las habitaciones preparadas para defendernos de los constipados y pulmonías: el comedor largo y ancho como una catedral, de paredes desnudas pintadas de colores alegres que hacían estornudar, tomaba aires de mercado cubierto. Se bajaba á almorzar y á comer con abrigo, las señoras se rebujaban en sus chales y mantones; á cada momento se oía una voz imperativa que gritaba: Cierre V. esa puerta. Los pocos comensales se apiñaban á la cabecera de la larga mesa del centro, lejos de la entrada temible. Detrás de la puerta central de cristales que comunicaba con el vestíbulo de jaspes de colores, del país, se veía como en un escaparate la figura lánguida del músico piamontés de larga melena y levita raída que paseaba unos dedos flacos y sucios por las cuerdas del arpa. Las tristes notas se ahogaban entre el estrépito del viento y de la lluvia que azotaba de vez en cuando los vidrios de las ventanas largas y estrechas.

Diez ó doce huéspedes, últimas golondrinas valetudinarias de aquel verano triste de casa de baños, almorzaban taciturnos, apiñándose, como buscando calor unos en otros. Al empezar el almuerzo sólo se hablaba de tarde en tarde para reclamar con voz imperiosa cualquier pormenor del servicio. Los camareros, con los cuales ya se tenía bastante confianza para reprenderles sus faltas, sufrían el mal humor de los huéspedes de la *otoñada*, como ellos decían. Se acercaba el día de las grandes propinas, y esto contribuía al mal talante de los bañistas, á darles audacia y tono

de despótas, y tambien á la paciencia de los criados. Allí no se le tomaba á mal á nadie sus malos modos, sus quejas impórtunas; se contaba con ellos, era una ley natural; fondista y camareros venian observando cómo se cumplia todos los años al fin de la temporada. Además tambien aquellos arranques de misantropía, se ponian en la cuenta, aunque disimuladamente. El dueño de las acreditadas Termas-altas vivía con sus rentas, es decir con sus bañistas. Presidía la mesa, oía las murmuraciones de los enfermos sin turbarse, sin oírlas en rigor; ni él las tomaba á mal, ni los pupilos se recataban para desahogar en su presencia. Era un pacto tácito que ellos descargasen la bilis de aquel modo y que él no les hiciera caso. Ni se emprendian las reformas que se pedían, ni se coartaba el derecho de reclamarlas.

Decir que aquello estaba perdido, que la casa amenazaba ruina, que el viento entraba por todas partes, que el agua mineral ya no estaba caliente siquiera, ni tibia, que en aquel país llovía demasiado en Otoño, tal vez por culpa del Sr. Campeche (el dueño de los baños) era lo que constituía los lugares comunes de la conversacion. Algunas veces el mismo Sr. Campeche se descuidaba, y no sabiendo de qué hablar á un forastero le decía de corrido como quien repite una lección de memoria ¿Pero ha visto V. que clima más endemoniado? Siempre lloviendo! Cómo se aburre uno aquí!

Nadie diría que aquellas eran las mismas Termas-altas, que se abrían por primavera al público. En Mayo llegaba el Sr. Campeche rozagante, alegre, silbando y azotándose el vientre ampuloso con el puño de marfil de su junquillo: apeábase de su tilburi pintado de amarillo reluciente: daba un vistazo á los baños, á la fonda, á los jardines ya llenos de pájaros locos de alegría, los primeros huéspedes, y tentándose el bolsillo se decidía á emprender lo que él llamaba *mejoras* enfáticamente. Las mejoras se reducían á dar una mano de cal á todo el edificio, y á pintar los frisos amarillos de verde, ó los verdes de amarillo; tambien solía arreglar los grifos de los baños si estaban completamente destrozados, tapar alguna grieta, remendar tal cual pila de mármol, y para colmo de mejoras empleaba el hospital de pobres viejos que ostentaba en la miserable portada un presuntuosísimo letrero que decía en griego, con letras góticas coloradas «Gerontocomia.» Aquella palabreja solía aparecer en las pesadillas de los enfermos que acudían á Termas-altas. Las primeras bromas de los bañistas noveles se referían siempre al rótulo griego; la mayor parte se marchaba sin saber lo que significaba. El mismo Campeche no estaba seguro de que aquello tuviera traduccion posible. A una señora, que asistía á las Termas de treinta años atrás, la llamaban D.^a Gerontocomia.

Además había mucho lavoteo y mucho limpiar muebles, y poner lo de allí aquí, y revolverlo todo. Cuando llegaban los primeros

bañistas, ya se sabía, todo lo encontraban de arriba abajo; obremos y criadas iban y venían, no podía uno arrimarse á ninguna pared ni puerta y el ruido de los martillos y sierras atronaba la casa, olía á aguarrás el piso de pino estrecho siempre estaba encharcado ó lleno de arena, porque en lo de fregar y dejarlo todo como un sol Campeche era inexorable.—Mucho ruido y pocas nueces—decía D.^a Gerontocomia remangando las enaguas y saltando de charco en charco por las siempre húmedas galerías.

Lo cierto es que Campeche apesar de todo aquel aparato reformista, que tanto estrépito y desconcierto producía, gastaba muy poco cada año en mejorar su finca, que segun los huéspedes de Otoño era una ruina. Siempre lo mismo; los parroquianos de primavera alegres, aturdidos, optimistas encontraban aquello flamante, era el mejor establecimiento balneario de *España y del Extranjero* ¿y las aguas? el que no sanara sería bien descontentadizo. Y el Sr. Campeche qué fino! qué atento! qué celoso de la fama de sus termas! Ello es verdad que las obras, las mejoras, molestaban bastante, que no dejaban dormir en paz la mañana, ni la siesta, ni andar en zapatillas por la casa; pero en fin se veía vida, animación, alegría, pruebas de prosperidad, movimiento simpático.—Señores, decía Campeche sonriendo y encogiendo los hombros, hundidos al parecer bajo el peso de tanta responsabilidad, perdonen VV. este año se han retrasado mucho las obras... ya lo sé ¡ha habido tanto que hacer! desde Enero estamos dale que le darás... Sobre todo la nueva cruja del hospital de pobres viejos.—

Lo gracioso estaba en que los mismos á quien engañaba por la primavera el Sr. Campeche, ó que se dejaban engañar, eran los que en Otoño desacreditaban á gritos el establecimiento, y hablaban de su próxima ruina en las mismas barbas del propietario. Este convencionalismo ya no estrañaba á nadie, era universalmente admitido. Cuando se iban en la primera temporada todo estaba bien, cuando se iban en la otoñada todo estaba mal.

En primavera, y parte del verano tambien, los bañistas daban y recibían bromas perpétuas. Podría haber aguas mejores que aquellas desde el aspecto hidroterápico, pero baños más famosos por las grandes bromas permitidas no los había. Como no todos los humanos tienen las mismas pulgas, sea en primavera ó en invierno, más de una vez y más de dos hubo allí desafíos, que jamás llegaron á un funesto desenlace; y más de diez veces por temporada había Lofetadas, ó por lo ménos insultos atroces.

Pero lo regular era que se tolerasen las bromas, y solo se pensase en devolverlas con creces. Se notaba que los jóvenes que durante todo el invierno en la vecina capital se distinguían por lo taciturnos, retraídos, sosos y nada despiertos, eran precisamente los que en Termas-altas sacaban más los piés del plato, y tenían las

ocurrencias más peregrinas, y habían las mayores *atrocidades*, palabra técnica que significaba tanto como dar en el hito. Famoso era hacia muchos años un joven enfermo del hígado, de color de cordobán, que en la ciudad no hablaba con nadie, y á quien jamás se había visto en baile ni tertulia de las conocidas. Una tarde de lluvia llegó á caballo á los baños del Sr. Campeche. Se apeó, se acercó á un amigo, á quien preguntó con voz de sepulcro.—¿Es cierto que aquí hacen VV. atrocidades?

—Sí señor, cierto...

—El médico me ha mandado mirar correr el agua, y distraerme. He visto correr las cataratas del Niágara... y como si fuesen un surtidor... nada. Voy á ver si distrayéndome... voy á hacer también alguna atrocidad... ¿este hígado!

Y en efecto se fué á la cuadra, montó otra vez en su caballo, picó espuela... y se metió en el comedor de la fonda saludando muy sério á los presentes. La broma produjo bastante impresión; algunas señoras se desmayaron; en fin todo fué como se pedía; el joven del hígado enfermo, que en vano había visitado el Niágara, mejoró; recibió cordiales felicitaciones, y confesó que hacia muchos años que no se había divertido tanto. Sin embargo algunos envidiosos comenzaron á murmurar diciendo que aquello no era completamente original, que prescindiendo de Raimundo Lulio, quien segun la leyenda había entrado á caballo en una iglesia por seguir una dama, ya allí mismo, en aquel mismo comedor se había presentado ginete en un burro garañón, y todo era montar, un diputado provincial, famoso por esto y por haberle rajado una ingle á un elector, de una navajada, años adelante. El joven del hígado supo que se murmuraba, y dispuesto á eclipsar á todos los diputados provinciales del mundo, al día siguiente se distinguió de una vez para siempre del vulgo de los bromistas con una hazaña, que dejó la perpétua memoria á que antes me refería.

Y fué que colocando, con gran trabajo, encima de la balaustrada de una galería abierta sobre el comedor, una gran cómoda, una tarde dejó caer el mueble, que bien pesaría dos quintales, sobre una de las mesas en que estaban comiendo hasta doce señoras y unos veinte caballeros. No murió nadie, pero fué por casualidad ¡el del hígado hizo todo lo que pudo! La mesa y la cómoda se hicieron pedazos, el piso se hundió, del servicio de plata, cristal, etc. no se supo más; los síncope pasaron de veinte, hubo tres desafíos, se marcharon catorce huéspedes. Los más recalcitrantes tuvieron que confesar este hecho evidente: que como la broma de la cómoda no se había dado ninguna. En cuanto al Sr. Campeche tuvo el buen gusto de no decir una palabra al héroe de la atrocidad; estaba en las costumbres.

Nadie se explicaba, satisfactoriamente á lo ménos, porque en

los meses alegres de Mayo y Junio, y aun en los del calor, Termas-altas era una Arcadia balnearia, y en Otoño un hospital triste, aburrido, frio, donde todos tenian mal humor. Probablemente contribuiria el clima á esta diferencia. El paisaje era de los más hermosos del litoral del Norte; verdura por todas partes, colinas como macetas de flores, riachuelos, bosques, un lago de verdad, accidentes románticos del terreno tales como grutas, islas en miniatura, cascadas, y hasta una sima en lo alto de un monte cónico que el Sr. Campeche juraba que era el crater de un volcan apagado. A los incrédulos les amenazaba con los testimonios escritos que constaban en el Ayuntamiento, allí, á legua y media de la casa. El crater era el elemento legendario de aquella topografía que habia convertido en una industria el dueño del balneario.

Pero si el país ofrecia tales delicias naturales, en cuanto empezaba Setiembre se aguaba la fiesta: nieblas, vientos, aguaceros, días enteros de lluvia fria y triste, de horizonte de plomo, un frio húmedo que recordaba el de la sepultura, tales eran los achaques de la estacion en aquel delicioso panorama; en vano Campeche enseñaba á los nuevos huéspedes fotografías del crater y de las cataratas... Si el crater estuviera en ebullicion, le decían, ménos mal, se calentaria uno al amor del crater... en cuanto á cataratas... allí estaban abiertas las del cielo. ¿Porqué venian en Octubre enfermos á Termas-altas? porque comprados ó nó por Campeche, los médicos de toda la provincia aseguraban que la mejor temporada de baños, higiénica y terapéuticamente considerada, era la última, la de Setiembre y Octubre.

De modo que por el verano venian los que querian divertirse, y por el Otoño los que querian curarse. Tal vez esto, no ménos que las variaciones meteorológicas eran causa de la desigualdad de los humores en las diferentes temporadas.

CONTINUARÁ

CLARIN.





LOS GRANDES GEÓMETRAS.



Hay ideas que nacen con el hombre y que se concibieron tan pronto como el rey de la creacion tuvo que amoldarse y ajustarse á las necesidades del clima, estaciones y diferentes fenómenos que más ó ménos influyen en su paso por el mundo. A estas ideas que son naturales en el hombre pertenecen las de extension, forma y posicion de los cuerpos. Nada más lógico, nada más razonable que el hombre quisiera apreciar las distancias que separan los mil objetos que se presentan á su contemplacion, que quisiera tener una nocion de la *magnitud* de una superficie y que dirigiese su atencion á calcular el volúmen de un cuerpo determinado, como nada más natural que relacionase la posicion de algunos cuerpos con otros ya conocidos de antemano cuya situacion estaba precisada con anterioridad. Indispensable es reconocer, en consecuencia, la existencia de la Geometría tan pronto como el hombre apareció en la faz de la tierra, pero tambien hay que notar que en los primeros tiempos el hombre no poseía una nocion clara de los materiales de que se vale la Geometría en sus múltiples cuestiones. Que tan superficiales fuesen sus nociones sobre esta rama de las matemáticas, nada tiene de extraño porque eran muy deficientes las aplicaciones inmediatas de este ramo del saber: ¿á qué se habia de aplicar entónces la Geometría? ¿á la Construccion, su producto más directo, si entonces la Construccion daba muestras muy *brbaras* como las requerian los primeros pasos de un arte cuyos cimientos habian de ser tan robustos, y hechos con la calma que exige una cosa nueva, toda ella artificial? Fué desarrollándose la inteligencia, fuéronse multiplicando las exigencias y las necesidades de la vida, vióse una aplicacion inmediata y necesaria de la Geometría y apareció, más tarde, esta ciencia robusta y engrandecida con multitud de teorías, tan numerosas como lo exigian los diferentes usos á que se las destinaban.

Las periódicas inundaciones del Nilo, que originaban la mayor confusión en la repartición de los terrenos de los egipcios borrándose por esta razón las lindes y señales que les separaban y limitaban, citanse como las primeras causas que motivaron un estudio serio sobre la extensión y la división equitativa y proporcionada de todo el terreno inundado, dando á cada egipcio una parte de él igual ó equivalente á la que ántes habia poseído. De donde vemos que Egipto, cuna de tantos adelantos y escuela de tantas ciencias es también la madre de la Geometría. Todo impulso de civilización, todo esfuerzo humano, toda transformación de vida toma, en aquellos antiquísimos tiempos, origen en Egipto, la patria de tantos sabios cuyos nombres se perdieron con la antigüedad, de Egipto habia de nacer la Geometría no como un recurso para casos parecidos al citado, sino como ciencia, como recopilación de cuestiones que tienden á un fin único y exclusivo, pero de la que se deducen las enseñanzas prácticas que la razón investiga y las aplicaciones que patrocina el sentido común.

La Geometría no apareció como ciencia especulativa hasta últimos del siglo VII, ántes de Jesucristo, que vése en Grecia, importada de Egipto, como era consiguiente, por el fenicio Thales, á quien se ha atribuido la teoría de los triángulos semejantes. Su discípulo Pitágoras fundó en Italia la escuela que lleva su nombre, suponiéndole, además, fuése el descubridor de la incommensurabilidad de la diagonal y lado del cuadrado, del tan utilísimo teorema del cuadrado de la hipotenusa, de la propiedad del círculo y esfera de ser límites entre las figuras planas de igual perímetro y los volúmenes de igual superficie respectivamente, y la teoría de los cuerpos regulares.

Pero cuando la Geometría tomó gran impulso en Grecia fué en la época de Platon: el método analítico, las secciones cónicas y la teoría de los lugares geométricos son la mejor prueba del adelanto de esta importantísima rama de las matemáticas en aquella época en que el célebre filósofo citado habia escrito en la puerta del Liceo: «Nadie entre aquí que no sepa la Geometría.»

De notar es que los géómetras antiguos fueran muy entusiastas de los estudios sobre las secciones cónicas, como lo prueba el sólo hecho de que varios autores se dedicaran exclusivamente á la investigación de sus propiedades, lo que no era poco; pero demuestra más elocuentemente la importancia de los antiguos estudios el caso de tratar los lugares geométricos para la resolución de muchos problemas. Hoy, apesar de la larga distancia que nos separa de aquella época y del manejo de todas las teorías geométricas con igual perfección, tenemos por más elegante—porque aún en la misma ciencia existen modas—la resolución de un problema en el cual se trata de hallar un punto, cuando se determinan dos lugares

geométricos que por su intersección hacen conocer este punto.

Euclides sigue á la época de Platon, siendo el primero que empleó en las demostraciones el método de reduccion al absurdo y el autor del postulado que lleva su nombre, tan importante en la teoría de las paralelas como sencillo y lógico.

Arquimedes y Apolonio fueron los continuadores de Euclides. Los estudios del primero se refieren muy especialmente á la Geometría de la medida, mientras que los del segundo á los de la forma. La relacion de la circunferencia al diámetro y la cuadratura de la parábola son cuestiones que aproximadamente aquél resolvió; el gran tratado de las cónicas en que por vez primera se hallan reunidas las propiedades de los focos, directrices, tangentes, normales y diámetros conjugados, es de éste. A Arquimedes se debe la relacion de la esfera y del cilindro, y la cubicacion de los esferoides y conoides. Apolonio fué el autor de la primera noción de las evolutas y algunas cuestiones de máximos y mínimos.

Los geómetras que sucedieron á éstos, se ocuparon más bien de la Astronomía y partes de la Geometría que se relacionan con aquella ciencia que de los estudios puramente geométricos. Hiparco y Ptolomeo, sobre todo, aparecen con sus estudios astronómicos y logran separar la atención de los geómetras de la ciencia geométrica para fijar todos sus estudios en la gran bóveda celeste, ancho campo á sus investigaciones científicas. No por eso dejaron de hacer algo digno de loor.

A Hiparco se debe el descubrimiento de las propiedades de las transversales en los triángulos rectilíneos y esféricos, y unos escritos sobre Trigonometría que no han llegado á nuestros días. Ptolomeo al escribir su *Almagesto* nos legó el único tratado que de Trigonometría rectilínea y esférica se conoce de los griegos, dando, entre otras la propiedad del cuadrilátero inscrito en el círculo.

Terminaremos esta série de continuadores de la Escuela de Alejandría citando á Pappus que en sus *Colecciones de matemáticas* recopiló todos los conocimientos que en su época poseían sobre estas ciencias. Con este génio original y profundo puede decirse que se pararon la série de descubrimientos y estudios que hasta entónces se habian sucedido con celeridad espantosa, porque si en el siglo IX de nuestra era la Escuela de Bagdad vió aparecer algunos entusiastas admiradores de las obras libradas del deplorable episodio de la biblioteca alejandrina, no fueron más que reminiscencias, reflejos de aquella brillante série de descubrimientos no interrumpidos.

Largo periodo sucedió en que las ciencias matemáticas parecieron descansar del continuo trabajo que le habia precedido, sin embargo, se contaban algunos génios que aunque ningun descu-

brimiento añadieron á los de la famosa época griega, no por eso dejaron de poseer los principios y teorías que hasta entónces se habian cultivado. Los árabes y judíos en su larga estancia en nuestro suelo hicieron de España famosa escuela matemática, como lo prueba la consulta que se hizo á una célebre academia de nuestra patria al empezarse la no ménos célebre *correccion gregoriana*, citándose, además, al toledano Pedro Ciruelo como un gran matemático de su época, pero apesar de esto, repetimos, ninguna investigacion nueva aparece hasta mediados del siglo XVI que, siguiendo el movimiento filosófico, literario y artístico, fijase la atencion en los buenos tiempos clásicos de Grecia y Roma y para ser más floreciente esa brillante época llamada Renacimiento aparece Viéte, geómetra francés, que dió al Algebra tan notables impulsos, y que fué el primero que la ha empleado para hallar los elementos desconocidos de una figura, expresando por ecuaciones las relaciones que ligan entre si todas sus partes, construyó gráficamente las ecuaciones de segundo y tercer grado, y resolvió por vez primera el problema del círculo tangente á otros tres dados. (1).

Kepler, de Fermat, Pascal, Desargues, fueron continuadores entusiastas del movimiento que en la Geometría habia iniciado Viéte. Notables son los trabajos de Pascal y Desargues sobre las cónicas y no ménos los de este último sobre corte de piedras, perspectiva y gnomónica.

Descartes no sólo perfeccionó los trabajos de Viéte, sino que todavia inventó métodos generales á la vez que sencillos y fecundos para aplicar la teoría de las curvas al cálculo algebraico, *siendo estos métodos á los ojos de la posteridad el más bello título de gloria de este célebre filósofo*, segun expresion del analítico Lefebure de Fourcy en su *Leçons de Géométrie analytique*.

La aparicion de la Geometría analítica contuvo algo los progresos poco ántes comenzados, oponiéndose algunos como Huygens y de la Hire á esta decadencia, debiéndose á éste la teoría de polo y polar y á Huygens la de las evolutas. El descubrimiento del cálculo infinitesimal debido á Newton y Leibnitz detuvo tambien los progresos de la Geometría, pero se aplicaron sus principios con bastante facilidad á la Geometría de la medida, así como la analítica ayudó mucho á la Geometría en el trazado de tangentes.

Célebres matemáticos trataron de resucitar el gusto á los an

(1) De entre las soluciones modernas que de este problema se han dado una de las más elegantes es la de Mr. Gergonne.

tiguos métodos, debiendo citar á Cotes, Maclaurin, Halley y el infatigable Euler como propagandistas incansables cuyos esfuerzos fueron marcados para renacer las antiguas aficiones en estos estudios, mas ninguna teoria nueva sale á luz hasta principios de este nuestro siglo en que la Geometria descriptiva aparece como auxiliar poderosísimo de la construccion.

Monje, consigue reunir los principios y teorías que andaban esparcidos y forma una ciencia especulativa que en sus múltiples aplicaciones no tiene igual, bautizándola su inventor con el expresivo nombre de *Idioma del Ingeniero*. Su objeto principal es dar métodos fáciles y determinados para representar en un sólo plano todos los objetos de la naturaleza con todos sus detalles, y poder deducir de esta mera representacion la forma, dimensiones y posición de los cuerpos; ella investiga las propiedades de las figuras reales por medio de las correspondientes que las determinan y resuelve los problemas de las primeras operando sobre las segundas. Compréndese, sólo por la definicion de esta ciencia, su auxilio grandísimo para todo aquel que deseando dar una idea clara y precisa de su concepcion (ya sea un monumento, un edificio, un puente, etc.) la expresa de este modo con la mayor exactitud que cabe en lo humano. Considerada bajo su aspecto puramente científico la Geometria de Monge ayudó muchísimo á la analítica é hizo ver las analogías que relacionan entre si las figuras planas y los volúmenes. A Monge y su escuela se debe tambien un método de demostracion que si bien carece de ese vigor tan buscado y recomendado en las matemáticas no por eso ha dejado de realizar grandes progresos: este método ha recibido el nombre de *principio de relaciones contingentes ó de continuidad*.

Como todo lo nuevo la Geometria descriptiva causó un gran movimiento en la ciencia y si pareció olvidarse de las cuestiones de la Geometria pura, no tardaron en presentarse una ilustre pléyade de géometras que consiguieron equilibrar los diferentes ramos de la ciencia de la extension.

Hoy la Geometria camina por sendas muy diferentes y distintas de los antiguos gustos, pero la invencion de nuevas teorías, cuales son la Homotecia, la Homologia, la Axonometria y otras la han hecho una de las ciencias más extensas del siglo XIX, deduciéndose de ellas preciadas aplicaciones que aprovechan ya la perspectiva, ya otras diversas artes de representacion.

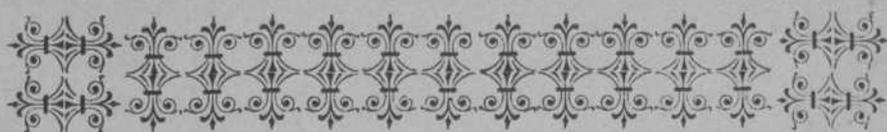
Brianchon que dedujo por la consideracion de las polares reciprocas el teorema correlativo del de Pascal referente al exágono inscrito en el círculo, Gergonne, Daudelin, Quetelet, Steiner, Gudermann, Cauchy, Bonnet, Casey, Feuerbach, Stubbs, William Thomson, Poncelet..... son otros tantos á quienes la Geo-

metría en este siglo tantos progresos y tantos adelantos debe.

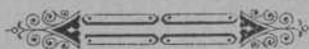
Para poner término á esta ya larga lista de grandes geómetras citaremos al célebre Chasles, el gran geómetra del siglo XIX, el fecundísimo escritor cuyos libros ya de historia, ya de doctrina reflejan los adelantos modernos de la Geometría.

JUAN AGAPITO Y REVILLA.





LA ESTATUA DE MEMNON.



Magnífico monumento de la inteligencia humana es la historia natural de Buffon, y sin embargo puede ser leída y estudiada sin que germine la sospecha del parentesco posible de todas aquellas especies de animales tan magistralmente descritas. En cambio en cuanto la naturaleza de los fósiles queda perfectamente establecida, en cuanto los sabios se convencieron de que los «gloscope-træ» no eran obra de la virtud plástica, surgió necesariamente la comparación entre los restos de seres desaparecidos y los órganos análogos de los vivientes, nació la anatomía comparada; y al estudiarse la naturaleza en lo que tiene de más íntimo, prescindiendo de lo aparente, asomó la posibilidad de la filiación de las especies y adquirió derechos de certidumbre innegables la continuidad de la creación en el tiempo y en el espacio.

Lo mismo ha sucedido con la historia de la Humanidad; en vano desde niños se nos familiariza con los grandes historiadores de la antigüedad, con sus poetas y oradores; la idea que nos formamos de aquellas sociedades desaparecidas no es sólo falsa, sino tan incompleta que apenas podemos creer que los antiguos griegos y romanos tuvieran de común con nosotros otra cosa que las necesidades humanas morales y materiales; como en la crono-

logía de la creación, en la historia ponemos de cuando en cuando puntos finales, que separan en nuestro entender civilizaciones tan distintas y tan independientes como pueden serlo las faunas y floras de dos épocas geológicas para los partidarios de las resoluciones súbitas, de las creaciones sucesivas. Preciso ha sido que infatigables amantes de la verdad hayan ido á buscar en el polvo de los archivos y en el polvo de las ruinas palimpsestos é inscripciones, fósiles de civilizaciones antiguas, restos también íntimos de aquellos organismos arcaicos, para que haya aparecido la historia antigua con lazos de unidad y analogía tan palpables, con nuestra civilización, que además de establecer una filiación inconcusa, permite conocer mejor una y otros; pues por lo que hoy podemos observar nos explicamos lo que no hemos visto, y por lo que en otros tiempos sucedió podemos conjeturar lo que el porvenir nos depara.

Improbable trabajo es la pesquisa y descubrimientos de antiguas inscripciones; puede parecer tarea ingrata y sólo tolerable para inteligencias desprovistas de imaginación; juicio perfectamente erróneo. Cuando se ha tenido el valor de lanzarse á la lectura de un desmesurado in-folio cuajado de inscripciones truncadas, recogidas aquí y allí, iconexas en tiempo, lugar, idioma y objeto, parece imposible que haya arquitecto capaz de componer un agradable edificio con tan pobres materiales; y sin embargo, de ellos, del estudio de esas reliquias auténticas de nuestros antepasados, de esos documentos en que el hombre habla siempre con la veracidad compatible con nuestras flaquezas, es de donde la imaginación puede precisamente sacar el maravilloso espectáculo de la humanidad real, con toda la poesía y belleza de la vida muy superior á las grandezas y sublimidades de la historia clásica, grandezas y sublimidades más que medianamente convencionales.

No intentamos engolfar á nuestros lectores en estudios técnicos; simplemente queremos entretenerlos, aprovechando el conocimiento moderno de una de las más renombradas maravillas de la antigüedad, la estatua vocal de Memnon, como la llama el ilustre Letronne, sabio orientalista francés, y al que se debe una erudita memoria sobre el asunto.

En la llanura de Thebas, á la entrada del palacio construido por Amenophis, había en otro tiempo dos colosos enteramente semejantes y que Letronne cree serían representaciones del fundador; los griegos supusieron que uno de ellos era Memnon, hijo de la Aurora, que según Homero había venido del extremo Oriente en auxilio de Priamo y sus troyanos. Era voz común en el dilatado imperio romano, que el hijo de la Aurora saludaba á su madre todos los días, y que su voz imitaba los sonidos de una lira; milagro patentísimo, que los modernos atribuiríamos á invención de los anti-

guos historiadores, tan fáciles al asenso de patrañas, y tan embrazados para procurarse, viajando, noticias auténticas sobre lo que de oídas relataban.

Letronne ha visto la prueba de que el milagro ha existido; mejor dicho centenares de inscripciones prueban que durante dos siglos desde el reinado de Augusto hasta el de Séptimo-Severo los peregrinos de Thebas, de todas condiciones, sexos, edades y procedencias, han oído el himno matinal del coloso de granito. No son más numerosos los ex-cotos en el camarín del más famoso santuario que los letreros, en prosa ó verso, en griego ó latin grabados por las manos temblorosas de emocion, en el pedestal y en las piernas de la estatua. Peregrinos humildes escribían su nombre, oficio, pátria y fecha de la expedicion; un soldado galo la repitió hasta 13 veces, tanto placer religioso le inspiraba la gran maravilla. Era la visita ceremonia inexcusable para los prefectos del Egipto, y la hacian con su muger, hijos y numerosa comitiva; uno de ellos, en tiempo de Domiciano, expresó su admiracion en dos versos griegos, que copia Mr. Letronne. El Emperador Adriano en el año de 130 tuvo el placer de oír el saludo de Memnon á su madre; la estatua ese dia cantó tres veces «prueba del amor de los dioses al César» segun un poeta contemporáneo. En cambio la muger de un Gobernador del Egipto esperó en vano dos mañanas y sólo al tercer dia pudo satisfacer su ardiente deseo de ser testigo de aquella maravilla.

Puesta fuera de discusion la existencia del fenómeno, necesitá-bamos los modernos una esplicacion natural.

Lo primero que se ocurre, y tratándose de Dioses falsos con unanimidad, es la de la supercheria de los sacerdotes; porque que la sangre coagulada de San Genaro se liquide anualmente el 17 de Setiembre, puede sér milagro que la voluntad divina obra con misteriosos fines, dado que no parecen suficientes la edificacion y regocijo de los lazzaronnis napolitanos; pero el canto de Memnon, idolo grosero de tosco granito, pues que tal canto hubo, debía ser ardid de aquellos solapados sacerdotes, herederos de los magos ó hechiceros que se atrevian con Moisés en punto á trastornar todas las leyes de la física.

Alejandro Dumas, escritor poco ortodoxo, no cree que el milagro de San Genaro sea artificio clerical, y fúndase en que despues de tantos siglos no es ni verosímil que el secreto no hubiera trascendido al público; creemos que tiene razon, y que si efectivamente la sangre del santo obispo se liquida en su ampolla, hay un fenómeno natural que lo motiva, siquiera ese fenómeno pueda tener origen en un artificio original, cuyo secreto haya desaparecido hace siglos con el piadosoinventor; de todas maneras existe la buena fé al presente.

La equidad nos obliga á aplicar el mismo razonamiento al prodigio egipcio: coexistió este con los dos primeros siglos del cristianismo, en países que se abrieron muy pronto á la nueva religion cuando esta tenia todo el ardor del proselitismo, y toda la valentia y heroismo que engendran los mártires ¿no es verosímil que hubiera llegado hasta nosotros una voz que delatara el ardid, y aún que lo explicara? En el mundo pagano tampoco estuvo acreditada esta sospecha, pues lo concurrido del santuario á pesar de la dificultad del viaje, y la calidad de las personas que hacian la peregrinacion deponen en favor de la credulidad general. Si se objeta, que análogamente á lo que ahora sucede, escépticos de alto rango habrán escrito su ex-coto con la sonrisa en los lábios, se puede oponer la prueba irrecusable de que cuando ménos un emperador, Séptimo-Severo, creia en el milagro, y que en su tiempo los sacerdotes de Memnon ignoraban el artificio, si lo habia.

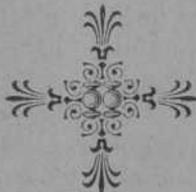
La estatua habia perdido cabeza y tronco en un terremoto, allá en tiempos de Augusto, precisamente cuando el prodigio recibió testimonios irrecusables; muchos peregrinos espresaban en sus inscripciones el deseo de que la estatua se completase, pues si mutilada murmuraba su plegaria, tal vez perfecta se oiria la voz del dios. Séptimo Severo era un pagano celoso, el cristianismo desacreditaba los dioses del imperio, y creyó el emperador argumento irrefutable en pro de la religion el canto distinto y armonioso del hijo de la Aurora. Sobre el vientre del coloso colocaron cinco cantos enormes de arenisca, en los que habian de tallarse el tronco y la cabeza; á partir de ese dia, Memnon enmudeció para siempre.

Mr. Letronne cree haber encontrado la explicacion natural del fenómeno, que como hemos indicado no empezó, segun el sábio egiptólogo, hasta que el temblor de tierra derribó parte de la estatua y resintió el resto. En las canteras de granito de Siena, en el palacio de Karnak, en el templo de Philes, en la Maladetta, en los Pirineos, y hasta en las orillas del Orinoco se ha observado que las rocas graníticas exhalan á veces un rechinamiento sonoro al salir el sol, más frecuentemente, y con más intensidad cuando la diferencia de temperatura entre la noche y dia ha sido grande; los sábios han propuesto diversas explicaciones del fenómeno, ninguna concluyente; pero no hay duda de que el canto de la estatua de Memnon es un caso análogo; el sonido interior no se produjo en la estatua de granito (piedra abundante en plaquitas de mica, elásticas en sumo grado, y con coeficientes de dilatacion muy diferentes de los del cuarzo y foldespato, á que está asociada) hasta que el terremoto quebrantó la piedra, el canto era siempre al salir el sol, y no todos los dias se oia; además tal canto era sólo un murmullo, una ténue vibracion, que los devotos encontraban poco acentuada, y que se apagó en cuanto la detuvo la mole

de arenisca que una piedad ignorante, pero sincera, habia destinado á la mayor gloria de aquel dios.

No hemos de insistir en la moraleja; pero la estatua de Memnon que saludaba al sol naciente, y esto sin milagro, pero tambien sin supercheria, nos advierte con su voz de dos siglos, con su mudez de diez y siete que la credulidad rara vez se satisface con enredos y artificios; que no se triunfa de ella apuntando sospechas que generalmente rechaza, y con motivo, la opinion; que sólo la vence la ciencia, pues su protector más poderoso es la ignorancia lo mismo en el imperio romano del siglo II que en la Europa del siglo XIX.

*
* * *





APUNTES PARA UNA HISTORIA
DEL
TEATRO ESPAÑOL ANTIGUO.

DRAMÁTICOS DE SEGUNDO ÓRDEN.

Luis Belmonte Bermudez.



Dedicado al Excmo. Sr. D. Tomás Rodríguez Rubí, injustamente olvidado en el primer tomo de esta obra.

Debo comenzar este artículo manifestando mi profunda gratitud al Sr. D. Julian Arbulo y Alberdi, que, con una diligencia—que no es la cualidad dominante de su carácter—me ha ilustrado en las discusiones familiares y amistosas que sobre el mérito de Belmonte en varias ocasiones hemos sostenido, y no cumpliera del todo con lo que la amistad exige si no transcribiera algunas de las muchas réplicas ingeniosas y oportunas con que sazónaba

nuestros debates, no ménos acalorados y con vigor mantenidos, por tener lugar privadamente y á puerta cerrada.

Paréceme ante todo conveniente dar á coñocer á mis lectores á este jóven que si quisiera sería un buen autor dramático; y muéveme á ello más y más el deseo de pagar mi deuda de gratitud dándole á conocer, á riesgo de ofender y mortificar su modestia —bien que su despreocupacion que conozco perfectamente me perdonará—y la conviccion de la analogia que existe entre su génio y el del autor cuyas obras examino; entre su carácter, tendencias, aficiones y manera de ser y las de D. Luis Belmonte Bermudez.

Julian Arbulo es todavía jóven; tiene treinta y pico años y treinta mil desdichas. No hay exageracion en esto último; el retrato físico y moral de mi amigo lo probará mejor que todo.

Figuraos, queridos lectores, un rostro pálido y ceniciento, una frente espaciosa, ojos hundidos que parecen atraer lo que miran, nariz recta y afilada, señal de ingénio, lábios gruesos constantemente fruncidos por una sonrisa amarga, la cara apénas sombreada por una barba escasa, todo esto, rematado por una cabellera crespa y las más veces enmarañada y tendreis una idea aproximada del tipo que os quiero retratar.

Su cuerpo es el conjunto de todas las calamidades; sin ser contrahecho está siempre torcido, su mano izquierda completamente inútil por la contraccion nerviosa que continuamente padece, sólo le sirve de incomodidad y estorbo, la pierna del mismo lado está encogida de un modo atroz y no le sirve para andar, haciéndolo con la derecha á saltos, por no permitirle el defecto de la mano hacer uso de una muleta ó baston. Es corto de vista, algo duro de oido, y tartamudea á veces cuando le ocupa una grande emocion, siendo además propenso á las jaquecas, vahidos y demás tormentos físicos. Tiene, sin embargo, una constitucion poderosa que le permite soportar largos trabajos intelectuales, sin que lo haya visto yo nunca quejarse ni manifestarse disgustado ó rendido por la dificultad de las tareas que emprende.

Su carácter moral es una contradiccion perpétua consigo mismo y con cuanto le rodea. Aferrado á sus opiniones, se le vé ceder, no obstante, en cuestiones de poca monta, siendo profundamente epigramático en sus discursos, aperebido á la réplica y perspicaz en atacar el lado flaco de los argumentos que combate. Con estas cualidades una discusion con él no tiene precio, sea cualquiera el asunto que se trate, porque tiene gran intuicion y es muy dado al estudio, especialmente de las cosas raras.

Pero, los rasgos más característicos suyos son: una moralidad severa que se desprende de todos sus escritos, la intencion satirica con que los empapa, la ironía fina y el cáustico epigrama que encierran la despreocupacion y amargura que revelan, en medio de

una amenidad, sencillez de estilo y correccion que encantan. De talento profundo, de ingenio travieso y fácil dición, ocuparía á esta fecha un lugar distinguido en la república de las letras si no tuviera un enemigo dentro de sí mismo que lo anula casi completamente y lo aniquila; la pereza. Cuanto podría decir sobre esto sería pálido ante la realidad. En vano concibe, crea é imagina ante la ejecución cede todo su ser, la idea del trabajo le abrumba y el temor de que una vez puesto á la obra no la deja hasta al fin, le hace no atreverse á empezar. Es inconstante y aborrece las dificultades que sin embargo sabe vencer sin esfuerzo notable; ama la variedad y la variación, y sobre todo tiene un punible desprecio de la opinión ajena, y al mismo tiempo una desconfianza de sí mismo que, hace que la mayor parte de sus trabajos sean por él condenados al fuego ó por que no le agradan ó porque agradan á otros. Su vocación más decidida es el teatro, para el que tiene excelentes cualidades, pero creo que jamás llegará á despuntar por su carácter y por la poca protección que encuentra en quienes naturalmente debieran dársela. Como periodista ha hecho sus pruebas en periódicos notables de Madrid y de provincias á pesar de lo cual apenas es conocido. Con alma de poeta, su positivismo le impide elevarse á las regiones de la poesía, siente y piensa, pero, sólo da al mundo sus pensamientos y cierra su corazón con el doble candado de la indiferencia y el desprecio de las cosas exteriores. Es, en una palabra un sér completamente ajeno á nuestra patria y á nuestro siglo, pero, cuando las atenciones de la vida le llaman á él es otro fecundo Larra, nuevo Quevedo en la intención, el sarcasmo y la amargura. Hombre es que guarda los mejores chistes de su travieso ingenio para ridiculizar sus propios defectos. A tanto se atreve que él mismo se ha retratado de la siguiente manera:

Mi retrato.

Soy español, cojo y manco,
miope, boquituerto y sordo,
mucho más flaco que gordo,
mucho más negro que blanco.
Soy con mis amigos franco,
algo ambicioso y muy terco,
á ser poeta me acerco,
y, como soy pobre, es claro,
llevo un vestido muy raro
y un sombrero roto y puereco.

JULIAN ARBULO.

*
* *

Este, pues, que me atrevo á llamar mi amigo, hallóme cierto día, no muy lejano, en mi cuarto de estudio y despues de los saludos de costumbre entablamos el siguiente diálogo:

—Hombre—le dije—llegas en buen hora, ahora mismo iba á ponerme á escribir unos artículos sobre el teatro antiguo español, y quiero que me suministres algunas ideas, que las tendrás y buenas, para ilustrarme más sobre este punto.

—Sabes—me contestó—que mis ideas, en esto como en todo, son muy extrañas y en ocasiones no has querido admitirlas.

—No importa exclamé—veamos lo que te ocurre y en su vista haré lo que me parezca; dispénsame la franqueza.

—Puedes ser todo lo franco que quieras conmigo, que no por eso he de ofenderme; pero veamos; ¿de qué te ibas á ocupar en este momento?

—Debo escribir sobre los escritores dramáticos de segundo orden, y ahora voy á hacerlo de D. Luis Belmonte Bermudez.

—Alto ahí; dime, si á ese das un lugar secundario entre los dramáticos antiguos ¿cuántos lugares estableces y en cuáles has colocado ó piensas colocar á Cándamo, Martínez, Barrionuevo y otros muchos que jamás han igualado á Belmonte en el donaire y la gracia, en el decir, en la intencion dramática y otras cualidades que en este resaltaron en sumo grado?

—Dos lugares sólo establezco y parecenme suficientes, si bien en tu opinion debiera establecer por lo ménos tres ó bien haber colocado á Bermudez en el de los de primer orden.

—Eso pienso y tengo mis razones.

—Te diré; Luis Belmonte Bermudez merece, es cierto, ser colocado entre los primeros, y méritos tiene para ello suficientes, pero como quiera que la mayor parte de sus obras no son conocidas y las que lo son no han sido completa y detenidamente juzgadas, contra mi entender y por no encontrarme con el de personas muy autorizadas y respetables, le he colocado en segundo término, por más que para mis adentros lo estaría muy bien en el primero.

—Admito esas razones como nacidas del respeto á autoridades que para mí tambien lo son, por más que te estrañe, y vamos al asunto.

—El asunto es hacer la biografía del autor, para lo cual me ayudarás con tus noticias, y el juicio del mismo y de sus obras en conjunto y separadamente.

—Vamos á ver lo que tú sabes acerca de su nacimiento, pátria, primeros trabajos y sucesos de su vida; y te aseguro que algunos habrá que ignores á pesar de tus investigaciones, y que la casualidad ha puesto á mi disposicion, ya que, parodiando al autor de que hablamos en una de sus comedias, puedo decir:

Los casos dificultosos

y los lances complicados
los *persiguen* los honrados
y los *logran* los dichosos.

—Hé aquí lo que he podido averiguar: Luis Belmonte (ó Velmonte que de las dos maneras lo he visto escrito) nació en Sevilla por los años de 1587, segun consta en el *Discurso genealógico de los Ortices de Sevilla* por D. Diego Ortiz de Zúñiga, (Cádiz 1670); léese en él lo siguiente:

“Algunos conquistadores (de Sevilla) celebra Luis de Belmonte, poeta sevillano en *La Hispalis*, poema que dedicó á D. Juan de Arquijo.”

“Esquiveles, Ortices y Roelas
Los de Casaos, Moscosos y Medinas
Vivas en los hijares las espuelas
Investigan empresas peregrinas.”

Ignórase lo que fué de sus primeros años y los estudios á que se dedicó si bien de sus obras se desprende que debió cursar las bellas letras y humanidades, no debiendo ser extraño á la teología y demás estudios eclesiásticos, dando como un barrunto de que en los últimos años de su vida debió ordenarse de sacerdote, pues la indiferencia con que este autor ha sido injustamente mirado y el desdén de su memoria nos ha privado de noticias interesantes sobre su vida y costumbres y hasta del conjunto de sus obras, de la mayor parte de las cuales sólo se conserva el título. Hasta 1610 no sabemos de él, sino que cultivando la gaya ciencia mereció por su acierto y donosura los elogios de sus contemporáneos, siendo admirado en Sevilla su patria y en toda España como un poeta mimado, cantor de las tradiciones hispálicas lo que le valió la protección de Arquijo, que hasta su muerte honróle y agasajóle, y la amistad de todos los poetas españoles, de que tanto fruto sacó y á la que correspondió siempre cordial y noblemente. Hasta entónces, y mucho tiempo despues, sólo escribió una comedia titulada *Algunas hazañas de las muchas de Don Garcia Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete ó El mejor amigo el muerto* en colaboracion con Rojas Zorrilla y acaso Calderon, y numerosas composiciones sueltas de cuyo mérito no estov seguro.

—Yo sí—dijo á esto mi amigo—toda vez que por ellas obtuvo varios premios y honoríficas menciones en certámenes poéticos, y que su contemporáneo Lope de Vega alabó en la relacion de los premios las galas poéticas de sus composiciones, suponiendo colocada su efigie entre los hombres célebres en su *Jardin alegórico* (Epístola octava de la Filomena. (1621).

“Resplandece en su fábrica Belmonte.”

y es tanto más de apreciar este rasgo cuanto que este ingenio jamás prodigó sus alabanzas ni al mismo de quien hablamos.

—Lo que le valió gran honra y fama fué su poema *La Hispalia* en la que cantaba la glorias y grandezas de Sevilla, los hechos ilustres de sus varones y los encantos de tan bello país. Ignórase la época en que la concluyó y...

—Perdona que te interrumpa; es verdad que no puede precisarse la fecha, pero, teniendo en cuenta que Arquijo á quien acabas de citar y al que lo dedicó, vivía en Julio de 1622 y murió el año de 1630, debió acabarse en este intermedio y esa es la opinion de un crítico autorizado. Ahora sigue:

—El 1616 publicó su poema *La aurora de Cristo* de que hoy apenas existen ejemplares, y desde esta época, ya sólo, ya con la colaboracion de algunos ingenios de aquel tiempo escribió casi todas sus comedias, siendo uno de los que más afición le mostró y con quien más obras dramáticas compuso Antonio Martínez; buena prueba es lo que en su *Vejamen* escribe el famoso Cáncer:

“Y apenas (dice) me dejaron aquellos, cuando se acercaron á mí, envueltos en sudor y polvo, don Antonio Martínez y Luis de Belmonte. Hízome novedad el vellos juntos y don Antonio Martínez me sacó de esta duda con esta redondilla:

Con esa duda me enfadas;
¿Quién al vernos extrañó?
Porque siempre hago yo
Con Belmonte las jornadas,,

Escribió también con Calderon, Rojas, Zorrilla, Martínez, Meneses y otros, con gran aplauso y aprobacion de todos, como expone Montalvan en su *Memoria de los que escriben comedias en Cartilla sólamente*:

“Luis de Belmonte, dice, ha continuado por muchos años el escribir las y el acertarlas, que en el todo es uno, siendo en las veras heróico y en las burlas sazoadísimo.”

Este juicio que nuestro autor mereció á quien antes de entre gar se á las extravagancias de una escuela de que fué sectario, era autoridad respetable por sus conocimientos y práctica de la materia, es acertadísimo y exacto ya que en la gracia y donaire Belmonte tuvo pocos rivales y que en esto consiste su mérito principal, pues en lo heróico no fué tan afortunado como de su ingenio podía esperarse.

Infinitas debieron ser las obras dramáticas de este autor, si bien sólo ha llegado á nosotros un reducido catálogo y más reducido el número de sus obras hoy conocidas, por el desdén y olvido con que se le ha mirado durante largo tiempo y porque la circunstancia de ser muchas de ellas anónimas, (costumbre seguida entónces

por muchos autores) hizo que se atribuyeran á otros algunas suyas, error que poco á poco se vá corrigiendo habiendo vindicado para Belmonte muchas falsamente atribuidas y cuyo detenido estudio y comparacion y las noticias que cada dia se adquieren han indicado como del mismo.

Algunas de sus comedias han sido atribuidas á otros, y hasta el mismo *Diablo Predicador* ha sido tenido por de N. Bermudez (segundo apellido de Belmonte) ó por de un padre Damian Cornejo (desconocido;) otras á D. Francisco Villejas y D. Francisco Malaspina segun se desprende de manuscritos que existen en poder de particulares, opinion á que dió márgen el no estar firmadas algunas de ellas, ó por temor de un fracaso ó por recelo de las persecuciones por lo que todas estas llevan despues del título y epígrafe: "por un ingénio de esta Corte."

El número de las hoy tenidas seguramente como suyas es el de 25 en algunas de las cuales le ayudaron los autores antes citados, y de las que apénas son conocidas ocho, conservándose ejemplares impresos ó cópias, habiando llegado á mis manos (de la magnífica coleccion de D. Juan Aldama) seis, dos más que el diligente coleccionador Mesonero Romanos, que vivió en la corte y en roce continuo, con los más competentes en la materia, y de ellas he de ocuparme en estos estudios y que son: *El Diablo Predicador*, ó *mayor contrario amigo*, *El Príncipe Villano*, *La Renegada de Valladolid*, *El mejor tutor es Dios*, *Las siete estrellas de Francia* y *Afanador el de Útrera*, número más que suficiente para formar una idea del mérito de este autor y de la índole de su ingénio.

No faltaron tampoco imitadores de Belmonte que tomaron de sus obras el título y el pensamiento y hasta tiradas enteras de versos, y como es natural á través de la oscuridad en que yacen uno y otro, se ha dudado al adjudicar la pertenencia de las mismas, pero, la superioridad de este decide la cuestion, ya que de no ser el primitivo autor en razon de mejora y perfeccionamiento cupiéranle los honores de la originalidad y donosura.

En otro lugar me ocuparé de sus comedias conocidas y haré en vista de su exámen, el juicio completo de las mismas y de su autor, ahora sólo me resta decir que se ignora la época de su muerte y el lugar en que murió y está enterrado este donairoso escritor, más digno de la memoria de los amantes de la literatura pátria que del desdén con que ha sido mirado.

--Réstate ahora, añadió mi amigo, como muestra de justicia indicar los escritores que antes que tú han tratado, aunque no tan estensamente esta materia, y aquellos de que has tomado datos y noticias, ó los documentos que te han servido para ello, de este modo no olvidarás el universal principio de justicia: *suum cuique tribuere*.

—Así lo haré, más por ser tarea larga y menuda sólo he de citarte la obra de D. Ramon Mesonero Romanos *Dramáticos contemporáneos de Lope de Vega* (Tomo 2.º) de la Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, edición de Rivadeneyra, Madrid 1858, y el *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII por D. Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado, Madrid, 1860. También he obtenido noticias de algunos amigos y personas eruditas, y las que tú me has dado y constan ya en estas cuartillas.

Despedímonos con esto, y después de transcribir la conversación, continué de la siguiente manera

CONTINUARÁ

FERMIN HERRAN.





CARTA Á MARUJA.



Villagarcía 29 Agosto 86.

Si aún recuerdas, Maruja, los momentos
en que gozamos, por la dicha unidos,
si aún viven, que lo dudo, en tus oídos,
de mi boca, los últimos acentos;
presta atención del cariñoso amigo,
á estos cortos renglones; —
(si pones ese gesto... no te escribo,
¿insistes?... ¿me lo pones?....)
en este instante, imaginéme verte,
perdona el extravío; estoy chiflado—
necesito el silencio de la muerte
para escribir; y—charlan á mi lado;
por eso, me distraigo de este modo,
por lo demás..... no creas,
no creas, Marujilla, estoy en todo,
sigo escribiendo, porque así lo veas.

A la orilla del mar y en tí pensando,
paso la vida aquí;
vida, que á la verdad, me vá cansando,
separado de tí.

Pues como no te veo, ni te escucho
padezco lo insufrible; ¡tú que quieres!
sois el diablo, Maruja, las mujeres
no hay cosa peor, que enamorarse mucho.
¡Mucho! pues ¡ya lo creo!

lo que es como yo á tí, querrán poquitos,
á veces duermo; y me despierto á gritos
de alegría, soñando que te veo.

Figúrate mi pena,

al ver la realidad triste y desnuda,
Dios es padre; y me ayuda
sinó;—ya no llegaba á Noche buena.
Me moria, Maruja, me moria,
si su favor, me retirase el cielo;
(me falta un consonante;) ¡qué daría
porque en vez de Maria,
te hubiesen puesto al bautizar Consuelo!
mas..... lo eres de mis penas; y por tanto,
te lo puedo llamar comprometido,
porque el verso, no sufra gran quebranto.
Y sin echar el caso en el olvido,
por mi santo te juro,
que aunque el cura se asombre,
lo que es para otro apuro,
te llamaré, Consuelo, sin cumplido,
pero por hoy..... Maruja; que es tu nombre.

Si ya mal no recuerdo; te decía
que de tí separado,
aquí, á la orilla de la mar, vivía
triste y desesperado.
Así vivo, Maruja, así sin calma,
sin paz, y sin contento;
no sé lo que es, lo que le falta á mi alma,
pero está sin aliento,
y padece intranquila,
no pudiendo matar hoy, sus enojos
como antes, asombrándose á mis ojos,
para verse despues en tu pupila.

.....
¿Te acuerdas, de aquella hora, de aquel dia,
rayana con la noche,
en que, arrancando impetuoso el coche
que á tí te conducía,
yo, agitaba, mirándote, el pañuelo,
y una nube de polvo, me envolvía,
formando remolinos junto al suelo?
perdí de vista el coche; voló al cielo

el polvo que las ruedas levantaron;
los que estaban allí, me abandonaron,
y al verme sólo, comenzó la historia
de un dolor tristemente prolongado;
aun no estoy Marujilla, tan chiflado,
que haya perdido, mi feliz memoria.
¡Tan feliz! que recuerdo, como ahora,
lo mucho que lloré; y es evidente,
que cuando el alma llora,
no se olvida el dolor, tan fácilmente.
¡Tú en cambio, ibas serena!..
no pude ver, siquiera en tu megilla
una lágrima sólo; ¡picarilla!
me dejabas sin pena.....
Pero... olvidemos tan fatal instante
y hablemos de otra cosa;
ayer me regalaron una rosa
encarnada, fresquisima y fragante.
Y ¿sabes lo que hice?....
pues... la besé mil veces; la deshice,
y mezclando sus hojas,
con las hojas fresquísimas, de un nardo,
emblema de mi amor; blancas y rojas,
en mi libro de misa, te las guardo.

Vuelve pronto; que muero de tristeza;
y adios Maruja; porque charlan tanto
en esta habitacion que, con franqueza
Marujilla, me duele la cabeza;
y observo con espanto,
que me bailan las letras; y es que empieza
á nublarse mi vista con el llanto.

A nadie dés las flores,
que perfumando estos renglones van,
Adios, Maruja, amor de mis amores,
te adora siempre, Juan.

Por la copia,—MIGUEL M. DE LA RIVA Y QUINTAS.





TODO CARIÑO



—¡Padre!... ¡padre!... no se apure,
que yo, contenta, le cuido
y á la Virgen Santa pido
en mi oracion que le cure.

—¡Eres un ángel!...
— ¡Quimera!...
Hija soy y nada más.
—Por eso conseguirás
que con el alma te quiera.

—Cumplo mi deber ufana.
—Deber que muchos descuidan.
—¡Calle usted!...
— Porque se olvidan
que cuando llegue el mañana

y pase la vida breve,
ellos tambien pedirán
cariño, y nunca tendrán
quién les cuide cual se debe.

—¿Y yó? padre.
— Tú, á porfia
eres sostén de este anciano.
Ven acá, dame tu mano;
ponla así, junto á la mía.

—¿Vés cuál arde? Es el calor
que tú la prestas, dichosa,
cuando, afable y cariñosa,
me cuidas con tanto amor.

Yo me engrío al contemplarte,
y tan buena al conocerte,
mi única delicia es verte,
mi sólo goce el besarte:

pues no hay placer más fecundo
ni ventura más colmada

que el ver la gloria cifrada
en tu amor grande y profundo.

—¿Me quiere usted mucho?

— Si

¡Como no te he de querer
si tú eres ser de mi ser,
y no te apartas de mí!

Veo en tus ojos serenos
dulce amor que al alma llega
y en él la mia se anega
si á ningun temor ajenos,

presajian dulce ventura
y tierno goce inefable
que es tan sólo comparable
al bien que el cielo me augura.

Cuando, triste y compasiva,
me ves enfermo y doliente,
tú, con cariño indulgente
y al sufrir jamás esquivas.

Das á mi vejez cansada
dulce alivio, y si este acrece,
á tu lado me parece
que ya no me falta nada.

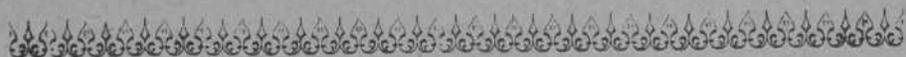
Feliz tú que así dispones
de bondad tan duradera,
y cruzas la vida artera
colmada de bendiciones.

Feliz quien puede tener,
para vivir y gozar,
un ángel á quien amar
y una dicha en que creér.

Despues de afanes prolijos
Dios premia tanto desvelo;
que hacen del hogar un cielo
cuando son buenos los hijos.

ARTURO CAYUELA PELLIZARI.

Pamplona 1886.



VERSOS DE OTRO TIEMPO

I.

Todas las noches se hallaban
en la tertulia los dos,
todas las noches se amaban
sin saber lo que es amor.

Y él al salir repetía:
—¡Los retira con desden!
Y ella inocente decía:
—¿Porqué pisará mis pies?

II.

La hablé de perlas y diamantes y oro,
de un alcázar soñado y un tesoro
que creaba mi loca fantasía.....
y la oí pronunciar: ¡Cuanto te adoro!
respirando alegría.

La hablé de mi pasión, del alma luego,
de mi amor sin igual, inicuó fuego
que alimenta la llama de mi vida.....
de ese mar infinito en que me anego.....
y ¡ay! se quedó dormida.

III.

Tal vez lo sientas tú que no has querido:
Dime ¿es verdad que cuando no se ama,
cuando duerme en el pecho todavía
ese volcan que abrasa?

Es verdad que si entónces se recibe
de acrecentado amor la ardiente carta,
escrita en el delirio de la fiebre
que consumiendo mata...?

Es cierto, di, que cuanto más amante
más honda es la impresion que hiela el alma...?
¡Habrás sentido, entónces, mucho frio
si leías mis cartas...!

IV.

El alma grita:—¡Recuerda!
y el mundo responde:—¡Olvida!
y olvidando y recordando
se vá pasando la vida.

J. DE LA PEÑA BORREGUERO.





ELLA Y YO.



NOCTURNO.

—Lo que has de hacer si antes que tú me muero
yo quisiera saber,—
me preguntó mi amada, y yo le dije:
—Pronto te lo diré.

Siempre tendido en tu sepulero helado,
alma mía, estaré;
y con amargas lágrimas, la tierra
sin cesar regaré.

Lirios y siemprevivas y heliotropos
á tus piés plantaré,
y estas hermosas flores, con mis lágrimas
sin cesar regaré.

—¿Más tú qué harás si antes que tú me muero?—
luego le pregunte;
y ella me dijo:—¡Amado! ¡Si tú mueres
yo también moriré!

VICENTE ARANA.





DE MI COLECCION



I.

De una profunda herida los dolores
siento en el corazon;
de los celos, los crueles sinsabores
aumentan mi amargor;
mas tan crueles dolores ni amarguras
no sufriria yo,
si un beso saturado de dulzura
me dieras tú, mi amor.

II.

Te suplico me aborrezcas
que me desprecies te ruego
mas no acordarte de mí
eso no, dulce Consuelo.

III.

No es posible que tú mueras
flor del huerto ribereño,
porque te riegan mis lágrimas
aunque tengas otro dueño.

IV.

Me quisiste, y yo te quise
nos amamos, y te amé,
llegó un día, me olvidaste
y yó... jamás te olvidé.

HERMINIO MADINAVEITIA.



Condiciones de esta Publicacion.

Esta ilustracion-revista se publica los dias 15 y 30 de cada mes, en cuadernos elegantemente impresos de más de 40 páginas con su cubierta de color. Contiene artículos de ciencia y arte, revistas y crónicas especiales de todos los acontecimientos notables, novelas, críticas de libros y de obras artísticas, biografías de hombres célebres, etc.; y regala á sus suscritores magníficas fotografías de hombres notables y de monumentos de la provincia.



PRECIOS DE SUSCRICION.

EN LA PROVINCIA	FUERA DE LA PROVINCIA.
Un mes. 1 peseta.	Tres meses. 5 pts.
Tres meses. 3 "	Ultramar, medio año. . 10 "
Un año. 12 "	Extranjero, un año. . 25 "

Seccion de Anuncios

Podemos ofrecer á los que nos favorezcan con sus anuncios la insercion en trece periódicos de trece provincias que son: Alava, Burgos, Vizcaya, Valladolid, Logroño, Málaga, Navarra, Guipúzcoa, Santander, Astúrias, la Coruña, Zaragoza, Valencia y Madrid, á precios fabulosamente económicos.

En la Administracion se darán más detalles.

41 AÑOS DE EXISTENCIA

LA NEW-YORK
COMPañÍA MÚTUA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

Fondo-garantía 346 millones de pesetas.

La **ÚNICA** que no tiene accionistas y cuyo capital y beneficios pertenece exclusivamente á sus asegurados.

Dirección central — 346 y 348 Broadway — Nueva York.
Director para España, DIVIGHT T. REED, cónsul general y
ex-Encargado de Negocios de los Estados-Unidos en Madrid
Alcalá—12—pral—Madrid.

Esta importante Compañía ha pagado á sus asegurados durante el año de 1885, segun los datos oficiales del 41º Balance anual.

Por Fallecimientos..	Ptas. 15.542.885 71
» Seguros Mixtos vencidos ó descontados	3.844.194 37
» Rentas vitalicias..	4.660.471 13
» Rescate de Pólizas	8.564.999 46
» Beneficios distribuidos entre los asegurados	6.998.760 04

TOTAL PAGADO Á LOS ASEGURADOS. . . 39.811.310 71

Es decir, cerca de *cuarenta millones de pesetas* y sin embargo ha tenido un aumento de *treinta y nueve millones de pesetas* en su fondo garantía.

La brillante administracion que esta compañía practica y su gestion financiera, la ponen fuera de toda odiosa comparacion con las compañías de la misma indole, que actuaron en España dejando tan desagradables recuerdos.

El Gobierno de los Estados-Unidos, ejerce una estricta vigilancia cerca de las Compañías de seguros que actúan en todo el territorio de aquel pais y las somete á una Ley especial, muy extensa, para garantir los capitales universales que se hallan confiados á su administracion.

Cuarenta y un años de existencia y un fondo garantía superior á cualquiera otro de las demás compañías, son elementos suficientes para proclamarla, como es, *la primera compañía del mundo.*

Pídanse prospectos y antecedentes á la Direccion, Alcalá, 12, pral. Madrid.—Agentes en todas las provincias.

Fondo-garantía-346-millones de pesetas.